

LAS IDEAS HISTORICAS EN SARMIENTO

“¡Sombra terrible de Facundo! ¡voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! ¡Tú posees el secreto: revélanoslo...!” Urgido por el presente, Sarmiento se vuelve al pasado en busca de la explicación de los males intestinos que desgarran el cuerpo del país; el pasado, encarnado en un personaje que vivió dibujando en moldes bárbaros una tradición hondamente enraizada en el suelo colonial-nacional. El presente, *su* presente, la dura y sombría realidad de la tiranía, realidad imposible de explicarse por sí misma, desatando los nudos que aseguran su continuidad en el tiempo. Y para rastrear la verdad, cuya huella dejan los acontecimientos a medida que se van produciendo, desciende al pasado desde la altura del presente. Lo cual indica que Sarmiento intuye entre el pasado y el presente una solidaridad temporalmente eslabonada, una continuidad diseñada en sinuosa línea de semejanzas y oposiciones, y cuyo fluyente conjunto constituye la realidad nacional.

Tal postura intelectual, ¿constituye la actitud mental del historiador? ¿Ha intentado Sarmiento realizar obra histórica?

Al intento de dilucidar este problema está encaminado este trabajo, cuyo título no alude a “las ideas históricas *de* Sarmiento” sino a las “ideas históricas *en* Sarmiento”. En el primer caso, hubiese sido necesario, previa enumeración de tales ideas, proceder a someterlas a un prolijo examen, destacándolas en el contexto del relato; clasificarlas, estimar su importancia y su valor y medir en qué grado y alcance arrojan luz sobre las épocas, acontecimientos, personajes, etc., a los que ellas se refieran. Por otra parte, habría que encuadrar al gran san-

juanino en el marco de la historiografía nacional, valorar la posible influencia que sobre ella hubiera podido ejercer, al mismo tiempo que se intentara descubrir cuáles pesaron sobre su formación mental; es decir, buscar las fuentes en las que nacieron los hilos de agua que alimentaron su cada vez más caudaloso pensamiento y estimar su originalidad.

Un rumbo distinto se seguirá aquí: indagar si el pensamiento de Sarmiento tiene raigambre histórica, si, efectivamente, lo nutren ideas históricas. En ese caso, ¿qué papel, qué función desempeñan y qué valor y dimensión alcanzan en su obra? En suma: ¿es Sarmiento un historiador “puro”?

Si por historia se entiende la simple narración de acontecimientos del pasado, aunque revista brillantes ropajes literarios, la “crónica”, que Croce reduce a meras palabras vacías, pues carece del fuego y la vida de los intereses presentes del historiador, en tal caso, la respuesta, categórica y escueta, ha de ser forzosamente negativa. Cazador, clasificador y recopilador de “documentos”, jamás lo fue Sarmiento; tampoco engrosó nunca la fila de los que insumen ingentes esfuerzos en “transcribir fuentes” meramente, en trasvasar el precioso licor de la vida pretérita que, al ser trasegada pierde su perfume y su sabor y se va convirtiendo en cosa muerta. En alguna ocasión, y aludiendo a una de sus obras consideradas “históricas”, escribió Sarmiento que con ella no había intentado “relatar hechos”, sino “explicarlos”. “El documento y la crítica, la vida y el pensamiento, son las verdaderas fuentes de la historia”, afirma el mencionado Croce, pues fuentes y documentos considerados mediante el pensamiento crítico, al que vitaliza el aliento de los intereses, preocupaciones e inquietudes de la vida espiritual del historiador, dotan de “contemporaneidad” a la vida histórica, a la vida del pasado. Referente a la noción de historia, dice Raymond Aron: “lo que es decisivo es la conciencia del pasado y la voluntad de definirse en función de él; . . . vivir históricamente es conservar, revivir y juzgar la existencia de los antepasados (y de las otras sociedades)”. Conciencia del pasado que se determina desde el presente, en y por el presente, lo que implica ya establecer la continuidad entre ambos a la par que su distinción: realidad ya dada, irreversible, anclada en el tiempo, el uno; realidad móvil y fluyente, nunca fijada ni acabada, que huye hacia el futuro, el otro. Pero ambos sustancialmente idénticos, ya que su trama está hilada en la misma materia: “la historia no es sino la vida de los hombres, y la materia de la que está hecha no es distinta a la del instante presente” (Joseph Hours, *Valeur de l'Histoire*); lo que el hombre ha sido, lo que el hombre es y va siendo. Sustancia humana del

pasado, objetivada perdurablemente en tradición, creencias, usos, costumbres e instituciones; realidad —el pasado— que cobra nueva vida merced a la “voluntad” del historiador de “definirse en función de él”, de aceptarlo y asumirlo conscientemente; de rechazarlo o repudiarlo, es decir, siempre de juzgarlo. De ahí que la historia, al decir de Croce, muera y renazca constantemente cuando el historiador la evoque y valore movido por sus intereses presentes; de ahí también su relatividad con respecto a las distintas épocas y culturas. Y así se convierte en eficaz medio de “autoconocimiento humano”; en ella, “el hombre no cesa de buscarse a sí mismo” (Jolivet, *L’homme et l’Histoire*).

Así concebido el pensamiento histórico, no cabe abrigar dudas: las fuentes del pensamiento de Sarmiento son de esencia histórica. Para ejemplificar que la conservación, reviviscencia y enjuiciamiento de los antepasados y las sociedades las realiza en su obra, ¿no bastan el *Facundo*, *El Chacho*, *Aldao*, *Conflicto y armonías*? *Facundo*, *El Chacho*, etc.: el pasado inmediato, cercano, que prolonga uno más lejano; pasado vivo aún, que actúa sobre la realidad presente, proyectando sobre ella la sombra que la recubre y la conforma: “¡No! ¡no ha muerto! ¡Vive aún!... está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero...” Más atrás, en la penumbra, en la Colonia asoma su rostro la España de Felipe II, la Inquisición...

En consecuencia, ¿es el *Facundo* —si limitamos casi exclusivamente el análisis a esta obra es porque ella resume y sintetiza las ideas-madres del pensamiento sarmientino— es el *Facundo*, pues, una obra de historia?

“Usted no se propone escribir un romance, ni una epopeya, sino una verdadera *historia* social, política y hasta militar a veces, de un período interesantísimo de la época contemporánea”, le escribe Valentín Alsina en sus *Notas a Civilización y barbarie*; sus observaciones fueron tomadas en cuenta por Sarmiento, lo que parecería confirmar que aceptaba que había querido escribir “una verdadera historia”.

Siguiendo las huellas de Alsina, muchas veces se ha insistido en el mismo juicio. Otras opiniones autorizadas, en cambio, lo consideran como el más sólido aporte a la sociología argentina; otras, obra de “ficción”. A Unamuno pertenece esta apreciación: “Nunca tomé a *Facundo* de Sarmiento, por obra histórica, ni creo que pueda salir bien librada juzgándola en tal respecto. Siempre me pareció una obra literaria, una verdadera novela a base histórica. Martínez Estrada, que transcribe las palabras de Unamuno, dice a su vez: “*Facundo* per-

tenece por su visión trascendental de la historia, a la historia que se vive y no se escribe”. . . . “*Facundo* fija las invariantes de la historia. . . . Lo que Sarmiento ha registrado con fidelidad histórica es el espíritu de historia que da fisonomía a los pueblos y que se expresa en sus canciones, en sus pautas de conducta o en cualesquiera otros rasgos de vitalidad profunda”. Más adelante añade: “Esto no es historia: es sustancia histórica”.

Luis J. Guerrero, en un penetrante estudio sobre el *Facundo*, anota que “es un libro de contenido histórico”, destacando la escrupulosa atención con que Sarmiento atendió a la “exactitud de los materiales y a la veracidad de las construcciones”. En cambio, Ricardo Rojas, en la *Nota preliminar* a la edición de la *Biblioteca argentina*, se refiere a la “escasa autoridad que a esta obra debe concedérsele como trabajo de historia”, pues a su juicio “Sarmiento no escribió la biografía de Facundo, sino creó su leyenda. Compuso el poema épico de la montonera. . . .” Y agrega que en él se halla contenida una estratificación de diversos órdenes de ideas: uno biográfico, otro sociológico y también uno político”.

Américo Castro, por su parte, califica, a la que considera “la obra más admirable de los argentinos”, de “ensayo de filosofía de la historia argentina”.

Si se multiplicaran las citas, podría apreciarse que el resultado sería siempre el mismo: obra histórica, sociológica, política o puramente literaria, en todos los casos, cada una de estas calificaciones significa un carácter antitético y excluyente.

Ahora bien, cuando alguno de los autores mencionados, afirma el carácter de obra literaria, política o sociológica del *Facundo*, completa su aseveración con una negación: no es una obra de historia. De ese modo, la noción de historia se halla siempre presente en la mente del autor, que la trasmite al lector, lo cual, por lo sugestivo que resulta, exige un examen más detenido.

Es evidente que todos esos matices señalados se hallan presentes en el *Facundo*, y su lectura atenta sugiere dudas acerca de una posible clasificación. En primer término, como es bien sabido, fue escrito por una clara intención política: contribuir eficazmente a la solución de la terrible situación en que se encontraba el país: “Desde Chile nosotros nada podemos *dar a los que perseveran* en la lucha. . . . ¡Nada! excepto ideas, excepto consuelos, excepto estímulos, arma ninguna nos es dado llevar a los combatientes, si no es lo que la *prensa libre* de Chile suministra a todos los hombres libres”. (*Facundo*, edición de la Universidad de La Plata, páginas 17-18).

El motivo de la publicación del libro es indudablemente político, pero ello no significa que lo convierta en un libro político, en una obra de “política”, ni aun teniendo en cuenta que el tema estrictamente político campea en todas sus páginas. Escrito como arma política, el libro genial no es, sin embargo, un libro de ideas políticas. Su contenido sustancial es otro.

Su alta factura literaria: sus sabrosas páginas descriptivas, la rica y ajustada pintura de sus personajes, el vigor, la frescura y la precisión de su prosa, no convierten al libro, empero, en una obra puramente “literaria”, de “ficción”, en una “novela”. Estilo rico, ágil y matizado; imaginación vivaz y colorida; riqueza, espontaneidad y precisión de la forma expresiva, no constituyen, forzosamente, una pura obra de “literatura”, aunque sí de alto valor literario: valiosos medios de expresión de ideas de índole diversa. ¿Acaso podrá considerarse obra de “ficción” a la de Platón porque utilizó —y creó— mitos en sus obras filosóficas?

Tampoco puede dudarse de que el contenido histórico predomina sobre el literario, sociológico, etc., en el *Facundo*. Ya su título hace pensar en la biografía. Impresión primera que se acentúa cuando se lee el *Anuncio de la vida de Quiroga*, que Sarmiento escribiera en *El Progreso*, de Santiago de Chile, el 1º de mayo de 1845. Y se afirma más en el espíritu del lector, al leer, en la *Advertencia del autor*, incluida en la primera edición del *Facundo*: “Algunas inexactitudes han debido necesariamente escaparse en un trabajo hecho de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos. . . Al coordinar entre sí sucesos que han tenido lugar en distintas y remotas provincias y en épocas diversas, consultando a un testigo ocular sobre un punto, registrando manuscritos formados a la ligera, o apelando a las propias reminiscencias. . .” La creciente inclinación del lector a considerar la obra como libro histórico, adquiere mayor fuerza al leer el encabezamiento de la magnífica *Introducción*, encabezada con una transcripción del *Cours de littérature* de Villemain: *Je demande a l'historien l'amour de l'humanité ou de la liberté. . .*; la dedicatoria a V. Alsina contribuye a alejar toda duda: se está en presencia de un libro de historia; el mismo autor parece considerarlo así. Y al proseguir la lectura, el desfile de los personajes ceñidamente delineados, la vívida narración de los acontecimientos del pasado, la caracterización de las épocas; la vida de Quiroga, cuya sombra se proyecta y da bulto a la figura de Rosas, su sucesor, confirman aquella impresión primera: contenido histórico; historia.

¿Por qué, entonces, opiniones tan distintas, juicios tan disímiles? Quizás una rápida comparación con la obra historiográfica

fica de autores contemporáneos de Sarmiento, ayude a aclarar en cierta medida el asunto. Sobre los mismos acontecimientos que preocuparon a Sarmiento, escribieron Mitre y López, por ejemplo. Obras históricas las suyas —nadie lo ha puesto en duda—, de indudable calidad literaria también, pero en las que el asunto estrictamente histórico prevalece sobre los otros, presentes en la de Sarmiento, y que contribuyen en éste a considerarla en la forma en que se ha puesto de relieve, motivando juicios tan diversos.

El relato de los hechos, el vuelo de la imaginación, las descripciones de alto valor literario, las disquisiciones sociológicas, comportan un conjunto armonioso que hacen del *Facundo* el libro “único” de las letras argentinas y americanas, y que no da asidero para encerrarlo en los límites estrechos de una clasificación única y excluyente. Y considerarlo obra de historia, o relato literario, o ensayo sociológico, es anatomizarlo, mutilarlo, segregándole su savia vital y convertirlo en obra muerta, desprovista de vida. Sarmiento historiador, o sociólogo, etc., es un Sarmiento dividido, empequeñecido, mutilado; ya no es el Sarmiento íntegro, cuya ciclópea figura permitió a Américo Castro afirmar que siempre “Sarmiento es Sarmiento”, que rompe todos los encasillamientos en que pueden encerrar a un autor las teorías y doctrinas. Acaso, si nos acosara el prurito de hallar la clasificación única, exclusiva y excluyente para caracterizarlo unívocamente, debiéramos llamarlo: “Sarmiento educador”. Pero, a condición de desnudar el término de toda intención teorizadora. Educador, sí, pues para él educar significó crear personalidades, amasar voluntades, formar hombres capaces de luchar por sus ideales: luchar por la democracia, por la libertad; servir al país.

Y para esa excelsa obra de educación, buena es la literatura, el análisis sociológico, la concepción historicista, cuyos irremplazables instrumentos son el libro y la prensa: “Este libro, como tantos otros que la lucha de la libertad ha hecho nacer . . .” (*Facundo*, 24).

Sarmiento historiador, o literato, o político, o sociólogo: un Sarmiento unilateral y disminuido, que prefigura, sí, al Sarmiento íntegro, como la mutilada Venus de Milo permite imaginar la resplandeciente belleza de la Diosa tal como surgió de la mente y las manos de su creador.

Hay en él, ciertamente, una rica y auténtica veta de historiador, nunca extinguida a lo largo de toda su obra. Pero los productos que de ella extrae, nunca son “puros”; siempre se

hallan mezclados y confundidos, en proporción más o menos equilibrada, con los del sociólogo, etc. Ello podrá parecer contradictorio con lo afirmado hasta aquí.

Para tratar de demostrar que tal contradicción no existe, afirmemos: 1) que, efectivamente, Sarmiento intentó, en varias de sus obras, realizar obra de historiador; es decir, “escribir historia”; 2) que no obstante ello, no fue un historiador, aunque parezca paradójico, y 3) que su pensamiento se nutría de sustancia histórica, lo que contribuía a dar al mismo y a su neutralidad toda, un tinte, matiz y sesgo historicista.

El ya repetidamente mencionado *Facundo*, las biografías de *El Chacho*, la de *Aldao* y tantas otras; *Conflicto y armonías*, etc., prueban que quiso escribir “historia”. Pero todas ellas, y las restantes que podrían mencionarse, obedecieron a un impulso primordial: contribuir a la tarea que se habían impuesto a sí mismos los más altos, los mejores hombres de su época: servir al país, combatir a la tiranía, cegar las fuentes de la anarquía: es decir, extirpar la barbarie y hacer germinar la civilización, o, mejor dicho, extenderla a todo el país, rompiendo los cercos que la confinaban en las ciudades. Así sus biografías —*Facundo* o *El Chacho*; *San Martín* o *Vélez*—, en el contexto del medio y de las tradiciones, lo que lo aleja del género, semiliterario y semihistórico, de la biografía que Hui-zinga ha calificado de “historia perfumada”, sirven para caracterizar, ora la “barbarie”, ora la “civilización”. En definitiva, civilización y barbarie, dinámica y estrechamente unidas, en lucha continua, dan su fisonomía al país. Vencer a la barbarie es el fin perseguido; para ello, previamente hay que “comprender”, “conocer”, “explicar” esta realidad. De ahí que haya que buscar sus raíces, allí mismo donde nacen: historiar creencias, descubrir el germen de las ideas que perduran objetivadas en tradiciones, usos y costumbres; encontrar el fundamento y los cimientos de las instituciones: seguirlos, en descenso temporal, para verlos nacer y desarrollarse. Intentar explicar el presente por sí mismo, efectuando un corte transversal en el tiempo, significa inmovilizarlo y petrificarlo, aislándolo de su pasado, borrando su continuidad histórica, recortándola en períodos de tiempo de diverso espesor. El país, la nación, es, pues, para Sarmiento, un todo, pero un todo dinámico, que fluye y se conserva en el tiempo diversificándose (Colonia, República independiente: identidades y diversidades), que se extiende en el espacio (Ciudades, campañas), adquiriendo en él su variable fisonomía.

Tiempo y espacio. Tiempo, la realidad temporal, la continuidad y perduración, con su carga de ideas, creencias, tradi-

ciones, usos y costumbres; espacio, la configuración del terreno. Y esos dos factores configuran una realidad peculiar. Bien conocida es su concepción del medio, que conviene distinguir de la expuesta por Taine. En Sarmiento, la pampa, las llanuras —el desierto— imprime su fisonomía sobre los habitantes, y sirve para perpetuar tradiciones que embarazan la marcha civilizadora iniciada con la Revolución y que, a la sazón, se halla limitada a las ciudades: “los progresos de la civilización se acumulan en Buenos Aires sólo: la Pampa es un malísimo conductor para llevarla y distribuirla en las provincias” (*Facundo*, 33). Llanuras y extensión inconmensurables —“la República Argentina es una e indivisible”—, las pampas argentinas constituyen uno de los “rasgos más notables de la fisonomía interior de la República” que “imprime a la vida del interior cierta tintura asiática” pronunciada: analogía en el aspecto del suelo, parentesco entre las tropas de carretas y las caravanas de camellos y, en especial, la vida pastoral: “La vida primitiva de los pueblos, la vida eminentemente bárbara y estacionaria, la vida de Abraham, que es la vida del beduino de hoy, asoma en los campos argentinos, aunque modificada por la civilización de un modo extraño”. (*Facundo*, 39-40.) Pues el *desierto* argentino, el desierto de Sarmiento, no es el desierto geográfico, físico (como el que cantó Echeverría en *La cautiva*, por ejemplo); no es la vaciedad demográfica (las ciudades estaban menos pobladas que las llanuras); es el desierto “social”, “humano”. En la tribu árabe, que es nómada, “la sociedad existe”, reunida bajo un anciano de la tribu o un jefe guerrero, profesa creencias religiosas, conserva tradiciones inmemoriales, mantiene costumbres invariables, que componen “un código de leyes, de usos y prácticas de gobierno, que mantiene la moral tal como la comprenden, el orden y la asociación de la tribu”. (*Facundo*, 40.) Como falta la posesión permanente del suelo, como no existe la ciudad “que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre, y le permite extender sus adquisiciones”, el progreso está sofocado. En cambio, la soledad de las llanuras argentinas, las grandes distancias que median entre las habitaciones humanas, produce la carencia de estímulo, de ejemplo y hace inútil “la necesidad de manifestarse con dignidad, que se siente en las ciudades”. En suma, no existen lazos sociales —y por ende, cultura—: la “sociedad ha desaparecido”, para dejar lugar solamente a “la familia feudal, aislada, reconcentrada”, y para dar nacimiento a este “género de asociación tan monstruoso” que se caracteriza por la total ausencia de “toda clase de gobierno” y la inexistencia de la “municipali-

dad”: la “base de todo desarrollo social”. De ahí las funestas consecuencias: individualismo, aislamiento, pereza; odio al orden, anarquía: barbarie. Este desierto humano, social, que la extensión ilimitada de las llanuras favorece, tiene una raíz histórica: es el producto de la colonización.

De modo, pues, que si bien el medio influye poderosamente sobre hábitos y costumbres, si imprime fuertemente sus huellas sobre los que lo habitan, no por ello puede afirmarse que Sarmiento haya expuesto y sustentado un “determinismo del medio”, un “determinismo geográfico”. El “paisaje” que describe no es pura y simplemente geográfico, sino paisaje “humanizado”, y en él se hacen visibles las huellas del pasaje del hombre y se conservan diseñados los rastros de su acción temporal. Pues con pareja intensidad han contribuido a formar el carácter y la situación social argentinos la composición técnica, las razas que constituían a la sazón su población: indígena, española conquistadora, negra y las derivadas de su hibridación. A este aspecto del problema atribuye Sarmiento gran importancia (*Conflicto y armonías*, por ej.), y grande, muy grande, a la característica de la colonización española, que intentó transplantar a América un tipo de civilización y cultura que, comparado al nivel alcanzado en otros pueblos de Europa, se hallaba rezagado. En especial insiste persistentemente sobre los efectos que la Inquisición produjo sobre la mentalidad y el carácter americanos.

Se evidencia así, pues, el sesgo historicista de la mentalidad sarmientina, que da vida y alimenta a su profundo y original ensayo sociológico, y forman como una única vertiente por la que se vierte el abundante caudal de su pensamiento, y que resulta difícil separar y distinguir.

Por ello no puede considerársele historiador puro, aunque la raíz de su pensamiento sea historicista. Hijo del siglo XIX, el llamado “siglo de la Historia”, su vasta cultura dejaba traslucir las fuentes en que había abrevado, entre ellas las más caudalosas de la época, como lo denotaba el fluir de las aguas de su pensamiento. Lector infatigable, nunca acataba con servil receptividad el pensamiento ajeno, y su originalidad provenía de su capacidad para pensar lo concreto; sus pensamientos germinaban en una fecunda matriz: su realidad circundante. Así, las más novedosas corrientes intelectuales, las concepciones y teorías más altas de su época, que conocía muy bien, nunca lo aprisionaron ni inmovilizaron, y su posesión le ayudaron a interpretar la realidad, sin que jamás la violentara para adaptarla a aquéllas, sino que por el contrario, muchas veces les dio nue-

va dirección y diferente matiz, bajo el imperio de su interpretación de la realidad.

Este rasgo de su personalidad, este sesgo de su mentalidad, se patentiza en el especial matiz que adquirió en él el Romanticismo, del que, en gran medida, recibió nutrimento su pensamiento histórico. Tal como lo ha demostrado Croce, el amor del Romanticismo por el pasado se manifiesta bajo dos formas: la nostálgica y la restauradora, aunque bien mirado, toda concepción nostálgica del pasado lleva implícito un afán restaurador: se vuelve nostálgicamente la mirada al pretérito desaparecido porque se le considera una realidad deseable, en comparación con la cual el presente es decadencia. Luego, lógicamente, nace el deseo de restaurar esa realidad mejor ya fenecida. Tal actitud, en el desarrollo cultural argentino, está representada, por ejemplo, por el Martín Fierro.

También Sarmiento vuelve constantemente su mirada, ávida y avizora, hacia el pasado, pero ella nunca es nostálgica; jamás abriga el deseo de restaurar el pasado, aun en los casos en que lo considera valioso y positivo, y en ese aspecto no rehusa “conservarlo”; y, por otra parte, en el conocimiento del pasado se apoya para comprender el presente y tratar de superarlo. Su concepción dinámica y dialéctica de la historia evidencia la influencia recibida de los grandes filósofos de la historia de siglo XIX.

En ese sentido, la afirmación de Américo Castro resulta certera y atinada: ensayo de “filosofía de la historia argentina” sería, según él, el *Facundo*. Efectivamente, habría que considerar a Sarmiento como representante argentino de la filosofía de la historia, si por ella no se entiende captación y exposición del “fin” de la historia, fin siempre trascendente, y también siempre distinto y variable de acuerdo con el filósofo que lo sustenta; o la consideración apriorística de su desarrollo, o “la visión panorámica de la totalidad humana”. Filosofía de la historia, la de Sarmiento, en el sentido que le atribuye Aron: “una interpretación del presente o del pasado ligada a una concepción filosófica que se reconoce inseparable de la época que traduce y del porvenir que presiente”. Tal concepción de la historia, desde luego que nunca la expuso teóricamente Sarmiento (¡tan alejado se hallaba de las teorizaciones abstractas este pensador de realidades concretas!). Pero se patentiza en toda su obra: infunde vigorosa vitalidad a su pensamiento, inspira toda su acción. La sociedad es un producto histórico del pensamiento y de la actividad de los hombres, al mismo tiempo que la condición de su formación intelectual y moral; la realidad esencial y más valiosa la constituye el hom-

bre, encaminado a asentar sobre el planeta el reinado de la democracia y de la libertad: el de la civilización que, paulatinamente, ha de ir venciendo a la barbarie. Los lineamientos básicos de esta concepción están ya expuestos en el *Facundo*, el libro “único” de las letras argentinas, fuerte y armonioso, que representa el más agudo y certero diagnóstico de la realidad argentina, en el que se escruta su pasado, al mismo tiempo que conduce al “porvenir que se presiente”.

SEGUNDO A. TRI.